

Segunda parte: El reino franco.

La dislocación del Estado.

De todos los reinos formados por los bárbaros en el suelo del Imperio romano, el de los francos era el único cuyas fronteras encerraban un bloque compacto de población germánica. Desde antes de las conquistas de Clodoveo en Galia, los francos salios, los francos ripuarios y los alamanes habían colonizado en masa la orilla izquierda del Rin y habían avanzado bastante profundamente en los valles del Mosela, del Mosa y del Escalda. Clodoveo mismo no fue en sus orígenes sino uno de esos pequeños reyes bajo el gobierno de los cuales se extendían los francos salios. Como su reino, que sobre poco más o menos debía corresponder a la extensión de la antigua ciudad romana de Tournai, no le suministraba las fuerzas necesarias para llevar a cabo el ataque que meditaba contra Siagrio, oficial romano al cual obedecía aún, en plena Galia invadida, la región situada entre el Loira y el Sena, asoció en su empresa a sus parientes, los reyes de Terouanne y de Cambrai. Pero se aprovechó solo de la victoria. Derrotado Siagrio, se apropió de su territorio y empleó la supremacía aplastante de que en lo sucesivo gozaría sobre sus antiguos colegas, para desembarazarse de ellos. Por la violencia o por la astucia, los derribó o los hizo perecer, siendo reconocido por sus pueblos, y, en algunos años, extendió su poder por toda la región que rodea el Rin desde Colonia hasta el mar. Los alamanes que, establecidos en Alsacia y en Eifel, amenazaban con un ataque lateral el nuevo reino, fueron derrotados y anexionados. Habiéndose asegurado así la posesión de toda la Galia septentrional, desde el Rin hasta el Loira, el rey de los francos pudo consagrarse a la conquista de la Aquitania. Esta pertenecía a los visigodos. Convertido al catolicismo desde 496, Clodoveo adoptó el pretexto de su herejía para declararles la guerra, y los derrotó en Vouillé (507), llevando su frontera hasta los Pirineos. Provenza le separa aún del Mediterráneo. Pero Teodorico no pensaba dejar que el reino franco se extendiese hasta las puertas de Italia, y Clodoveo tuvo que renunciar a la Provenza, que Teodorico, para mayor seguridad, anexionó a sus Estados. Sus hijos acabaron esta obra tan bien emprendida; se apoderaron del reino que los burgundos habían erigido en el valle del Ródano (532), se vieron en posesión de la Provenza, del golfo de León hasta el Ródano: toda la antigua Galia se encuentra en lo sucesivo sometida a la dinastía merovingia.

Conforme al carácter mediterráneo que la Europa occidental conservó hasta el fin del siglo VII, es hacia el sur hacia donde trató en un principio de extenderse. Los ejércitos francos disputaron algún tiempo a los lombardos la Italia septentrional. Pero la invasión musulmana: debía poner fin bruscamente a la orientación tradicional de las comarcas del norte hacia las del mediodía. El último conquistador merovingio, Dagoberto I, dirigió sus esfuerzos hacia Germania, e incluso avanzó hasta el Danubio. Después cesa la expansión, comenzando la decadencia.

El cierre del Mediterráneo por los musulmanes no señala únicamente una nueva orientación política en Europa, sino también, si así puede decirse, el fin del mundo antiguo.

En efecto, hasta el régimen de Dagoberto I, el Estado merovingio no se había separado de la tradición romana. El estado social del país, después del profundo trastorno que le hicieron sufrir las invasiones, reasume su antiguo carácter romano. Es cierto que las tierras del fisco imperial habían pasado a poder del rey; pero los grandes propietarios galorromanos, salvo raras excepciones, conservaron sus dominios, organizados como en tiempos del Imperio. Es sorprendente comprobar a este propósito cómo el Papa Gregorio Magno, para restaurar la administración de las enormes propiedades territoriales de la Iglesia, se limita a poner en vigor nuevamente el sistema domini romano.

Una vez restablecida la calma, el comercio había recobrado su actividad. Marsella, centro del gran comercio marítimo con el Oriente, es visitada por estos mercaderes sirios que se encuentran, además, en las ciudades importantes del sur de la Galia y que, con los judíos, son los principales traficantes del país. Las ciudades del interior conservan una burguesía de mercaderes, entre los cuales hay algunos que, en pleno siglo VI, son ya conocidos como "notables" ricos e influyentes.

Y gracias a este comercio regular que mantiene una importante circulación de mercancías y de dinero, el tesoro del rey, alimentado por los tonlieux,* no deja de disponer de recursos importantes,

*Tonlieu era un impuesto que los comerciantes pagaban por su mostrador en los mercados y en las ferias. Parece corresponder al actualmente llamado derecho de piso. (E).

tan considerables, si no más, que los que segrega de la renta de los dominios reales y de los botines de guerra.

Ciertamente esta civilización del Imperio que se sobrevivió hubo de caer en una profunda decadencia, pero conservó sus rasgos esenciales.

Evidentemente los funcionarios importantes, escogidos entre los "grandes", demuestran, frente al poder, una singular independencia, y el impuesto es sin duda frecuentemente percibido por el conde sólo para su provecho personal, lo que explica el nombre de "exacción" que comienza a tomar estado en la lengua del tiempo.

La debilitación de la antigua administración romana, separada de Roma, y de la que el rey mantiene a duras penas los últimos vestigios, permite a la aristocracia de los grandes propietarios adoptar, frente al rey y en la sociedad, una posición cada vez más fuerte. Sobre todo en el norte, en Austrasia, donde la romanización se ha borrado casi totalmente, se asegura, desde el siglo VII, una preponderancia absoluta.

Esta aristocracia, cuyo poder aumenta sin cesar, no tiene nada de común con una verdadera nobleza. No se distingue del resto de la nación por su condición jurídica, sino solamente por su condición social. Los que la componen son, para hablar como sus contemporáneos, grandes (majores), magnates (magnates), y poderosos (potentes), y su predicamento nace de su fortuna. Todos son grandes propietarios territoriales: unos descienden de ricas familias galorromanas anteriores a la conquista franca; otros son favoritos a quienes los reyes han provisto generosamente de tierras, o condes que han aprovechado su situación para procurarse extensos dominios. Por otra parte, ya sea romanos o germánicos de nacimiento, los miembros de esta aristocracia forman un grupo ligado por la comunidad de los intereses, y en el cual no tardó en desaparecer y en fundirse en la identidad de las costumbres la diversidad de origen. A medida que el Estado, al cual suministran los más importantes funcionarios, se muestra más incapaz de llevar a cabo su labor esencial y primordial, o dicho de otro modo, de garantizar la persona y los bienes de sus súbditos, se afirma más su preponderancia. Su situación personal aprovecha los progresos de la anarquía general y la inseguridad pública aumenta sin cesar su influencia privada. Como oficiales del rey, los condes espían y expolían a los infelices que debían proteger;

pero desde el momento en que estas pobres gentes, no pudiendo aguantar ya más, les ceden sus tierras y sus personas, anexionándose a sus dominios, estos mismos condes, como grandes propietarios, extenderán sobre ellos su poderosa salvaguardia. Así incluso los funcionarios del Estado trabajan contra el Estado, y extendiendo sin cesar sobre los hombres y las tierras su clientela y su propiedad privada, le quitan al rey, con una rapidez sorprendente, sus súbditos directos y sus contribuyentes.

Porque la relación que se establece entre los poderosos y los débiles no es la simple relación económica que media entre un propietario y su terrazguero. Nacida de la necesidad de una protección efectiva en el seno de una sociedad entregada a la anarquía, crea entre ellos un lazo de subordinación que se extiende a la persona y que recuerda por su estrecha intimidad el vínculo familiar. El contrato de recomendación, que aparece en el siglo VI, da al protegido el nombre de vasallo (vassus) o de servidor, y al protector, el de "antiguo" o señor (senior). El señor está obligado no sólo a proveer a la subsistencia de su vasallo, sino a suministrarle permanentemente socorro y asistencia y a representarlo ante la justicia. El hombre libre que "se recomienda", por más que conserve sus apariencias de libertad, se ha convertido de hecho en un cliente, en un sperans del señor.

Este protectorado que el señor ejerce sobre los hombres libres en virtud de la recomendación, lo ejerce naturalmente también y con mayor intensidad sobre los hombres que pertenecen a su dominio, antiguos colonos romanos adscritos a la gleba, o siervos descendientes de esclavos romanos o germánicos, cuya misma persona, en virtud del nacimiento, forma parte de su propiedad privada. Sobre toda esta población dependiente, posee una autoridad a la vez patriarcal y patrimonial que aúna la justicia de paz y la territorial. En un principio no había en tal cosa más que una simple situación de hecho. Pero nada ilustra mejor la impotencia del Estado que la necesidad en que éste se encontró de reconocer tal autoridad. A partir del siglo VI, el rey concede, en número cada vez más creciente, privilegios de inmunidad. Es preciso entender que esto significa privilegios que conceden a un gran propietario la excepción del derecho de los funcionarios públicos a intervenir en sus dominios. El privilegiado sustituye, pues, en su tierra, al agente del gobierno. Su competencia, de origen puramente privado, recibe una consagración legal. En una palabra, el Estado capitula ante él. Y, a medida que la inmunidad se extiende, el reino se llena cada vez más de territorios en los cuales el rey se

prohíbe a sí mismo toda intervención, con lo que a la postre sólo dependen de él directamente las escasas y raras regiones que la gran propiedad no ha absorbido todavía.

Y la situación es tanto más grave cuanto que de las propiedades del mismo rey, que comprendieron en los orígenes todo el dominio territorial del Estado romano, solo subsisten, a fines del período merovingio, insignificantes despojos. En efecto, fueron cedidas, trozo a trozo, a la aristocracia, con el propósito de asegurarse su fidelidad. Los repartos continuos de la monarquía entre los descendientes de Clodoveo, la separación y la reunión alternativas de los reinos de Neustria, Austrasia y Borgoña, la alteración continua de las fronteras y las guerras civiles que fueron su consecuencia, constituyeron para los grandes una excelente ocasión de poner en venta su devoción hacia los príncipes que el azar de las herencias llamaba a reinar sobre ellos y que, para asegurarse la corona, estaban dispuestos a sacrificar el patrimonio de la dinastía.

Por primera vez va a manifestarse una oposición entre la aristocracia romanizada de Neustria y los grandes de Austrasia, que habían quedado más cerca de las costumbres y de las instituciones germánicas. El advenimiento de la aristocracia trae naturalmente la manifestación de influencias locales; la diversidad substituye así a la unidad real.

La conquista del Mediterráneo por los musulmanes debía precipitar la evolución política y social que se iniciaba. Hasta entonces, en medio de una sociedad que se deslizaba hacia el régimen de la propiedad señorial, las ciudades se mantenían vivas por el comercio, subsistiendo con ellas una burguesía libre.

En la segunda mitad del siglo VII, cesa el comercio en las costas del Mediterráneo occidental; Marsella, privada de barcos, muere asfixiada, y todas las ciudades del mediodía caen, en menos de medio siglo, en la más absoluta decadencia. A través de todo el país, el comercio, aislado del mar, se extingue; la burguesía desaparece con él; ya no existen mercaderes profesionales ni circulación comercial, y, como consecuencia, los tonlieux dejan de alimentar el tesoro real, incapaz de hacer frente en lo sucesivo a los gastos del gobierno.

La aristocracia territorial representa, desde entonces, la única fuerza social. Frente al rey arruinado, ella posee, con la tierra,

la riqueza y la autoridad; sólo le falta hacerse con el poder.

Los intendentes de palacio.

Se designa tradicionalmente a los últimos merovingios con el nombre de reyes holgazanes; hubiera sido más exacto denominarlos reyes impotentes, porque su inacción no se explica ni por su pereza ni por su apatía, sino por su debilidad e impotencia. A partir de mediados del siglo VII reinan todavía, pero son los grandes quienes gobiernan sobre las ruinas del poder real que ellos mismos abatieron, y del cual se reparten los súbditos y detentan las funciones. En cada una de las tres partes -Neustria, Austrasia y Borgoña- en que se divide la monarquía, siguiendo el juego de las sucesiones reales, el intendente de palacio se ha convertido de ministro del rey en representante de la aristocracia cerca de su persona. De hecho, es él quien, con su apoyo, ejerce en lo sucesivo el gobierno. De los tres intendentes de palacio, el de Borgoña desapareció bastante pronto; después se empeña la lucha entre los otros dos. La aristocracia territorial de Austrasia, más poderosa que los grandes propietarios de Neustria, porque permaneció más alejada del rey y de la antigua administración romana, debía necesariamente obtener la supremacía en un Estado exclusivamente basado en la riqueza territorial. Entre el intendente de Austrasia, Pipino, que representaba a los grandes, y el de Neustria, Ebroïn, fiel a la antigua concepción real, la lucha no era ya equitativa: Pipino triunfó. Desde entonces no hubo más que un intendente de palacio para toda la monarquía y lo suministró la familia carolingia.

Desde hacía largo tiempo ésta gozaba en el norte del reino de una excelente situación que debía a su riqueza territorial. Sus dominios eran muchos, sobre todo en esa región semiromana semigermana de la cual Lieja, entonces simple aldea, forma el centro, y se extendían de los dos lados de la frontera lingüística, en Hesbaye, Condroz y Ardena; Andenne y Herstal eran sus residencias favoritas. Prósperos matrimonios aumentaron aún su ascendencia. De la unión de la hija de Pipino de Landen y del hijo de Ansegiso de Metz nació Pipino de Herstal, el primero de la raza que desempeñó un papel que ha sido posible discernir. Se sabe que combatió con fortuna contra los frisones paganos que hostigaban con sus incursiones la parte septentrional del reino, y de ello obtuvo para sí y para los suyos una popularidad que los colocó en primer término. Mientras que enviaba a su hijo

bastardo Carlos Martel para que continuase la lucha contra los bárbaros, cayó con sus vasallos y sus adictos, aguerridos en esas duras campañas fronterizas, sobre Ebroín, vencíéndole y ejerciendo en lo sucesivo la regencia en toda la monarquía. Fue una fortuna para ésta el ser gobernada por este robusto soldado en el momento mismo en que los árabes de Abderramán franqueaban los Pirineos e invadían la Aquitania. Carlos les ofreció batalla en las llanuras de Poitiers y el empuje de la caballería musulmana se rompió contra las líneas de sus pesados infantes. La decadencia literaria del tiempo es tan profunda que no poseemos ningún relato de esta jornada decisiva. Esto importa poco; su resultado bastó para inmortalizarlo. La invasión se detuvo y retrocedió; los musulmanes no conservaron en Galia más que los alrededores de Narbona, de donde Pipino el Breve los expulsaría en 759.

El triunfo de Poitiers acabó de convertir a Carlos Martel en el amo del reino. El se aprovechó de ello para darle una sólida organización militar. Hasta él, el ejército sólo estaba compuesto por hombres libres, reclutados por los condes en tiempos de guerra. Era una simple milicia de soldados de a pie, equipados a su costa, difícil de reunir y lenta de movimientos. Después de Poitiers, Carlos decidió crear, a ejemplo de los árabes, una caballería que pudiera trasladarse rápidamente ante el enemigo y suplir la ventaja del número por la de la movilidad. Semejante novedad entrañaba una transformación radical de los usos anteriores. No se podía imponer a los hombres libres ni la manutención ni el cuidado de un caballo de guerra, ni la adquisición del costoso equipo del jinete, ni el largo y difícil aprendizaje de la lucha a caballo.

Para conseguir este fin, era preciso pues, crear una clase de guerreros que se hallaran en posesión de los recursos correspondientes al papel que se esperaba de ellos. Se hizo una gran distribución de tierras a los vasallos más robustos del intendente de palacio, quien no dudó en secularizar, con este fin, buen número de bienes de la Iglesia. Cada hombre de armas fue gratificado con una tenure o, para ampliar el término técnico, con un beneficio, obligándosele a adiestrar un caballo de guerra y a prestar los servicios militares que se le exigiesen. Un juramento de fidelidad corroboró aún estas obligaciones. El vasallo, que primitivamente sólo era un servidor, se convirtió así en un soldado cuya existencia fue asegurada con la posesión de un terreno. La institución se extendió rápidamente por todo el reino. Los inmensos dominios de la aristocracia permitían a cada uno de sus miembros el procurarse un escuadrón de caballería, y

no dejaron de hacerlo. El nombre primitivo de beneficio desapareció algo más tarde ante el de feudo. Pero la misma organización feudal, en todos sus rasgos esenciales, se encuentra ya en las medidas adoptadas por Carlos Martel. Esta fue la reforma militar más grande que conoció Europa antes de la aparición de los ejércitos permanentes. Y, por otra parte, debía ejercer más que ésta, como se verá después, una profunda repercusión en la sociedad y en el Estado. En el fondo, sólo consistía en una adaptación del ejército a una época en la que el gran dominio sojuzgaba toda la vida económica, y tuvo por consecuencia facilitar a la aristocracia territorial el poder militar y el poder político. El viejo ejército de los hombres libres no desapareció, pero sólo constituyó desde entonces una reserva a la que se recurría cada vez menos.

La realeza consintió que se realizara esta transformación que situaba al ejército fuera de ella, dejándole sólo una vana apariencia del poder. Desde entonces los reyes se desdibujaban tan completamente a la sombra de su poderoso intendente de palacio que apenas si se los distingue a unos de otros, y los eruditos discuten aún acerca de sus nombres. Eginhardo responde sin duda con toda exactitud a los sentimientos que se experimentaban a este respecto entre los que rodeaban a los reyes carolingios, cuando se divierte caricaturizándolos con rasgos propios de unos monarcas estúpidos y rústicos que llevan, como los campesinos de sus últimos dominios, la barba y el vestido descuidados y que se hacen conducir como ellos en una simple carreta de bueyes. Se burla, sin piedad ni respeto, incluso de sus largos cabellos, antiguo símbolo germánico del poder real.

La nueva realeza.

El servicio prestado por Carlos Martel a la cristiandad junto a las murallas de Poitiers no impidió que la Iglesia conservara de él un recuerdo poco grato. Le guardó rencor por sus secularizaciones. Tampoco pudo olvidar que se negó a acudir en socorro del papado, a quien hostigaban continuamente los lombardos, incluso cuando Juan le hizo el honor de una embajada especial, encargada de devolverle solemnemente las llaves del sepulcro de los apóstoles. Menos absorbido por la guerra, su hijo Pipino el Breve, que le sucedió en la intendencia de palacio y en el gobierno del reino (741), tuvo, por el contrario, desde el principio, frecuentes relaciones con Roma.

Cuando tomó el poder, acababan de empezar su labor las misiones anglosajonas entre los germanos paganos de más allá del Rin, bajo la dirección de San Bonifacio (718, 755, en Frisia). Pipino le demostró en seguida un celo y una benevolencia, a los cuales no estaban acostumbrados los apóstoles del cristianismo. Tal actitud se la inspiró el interés político. Comprendía que el medio más eficaz de mitigar la barbarie de los frisonos, turingios, sajones y bávaros, haciendo vecinos menos peligrosos para el reino y preparando así la futura anexión, era comenzar por convertirlos. De ahí el interés que tomó en los propósitos de San Bonifacio, el apoyo que le concedió, sus favores para con la sede de Maguncia que, erigida en metrópoli de la nueva Iglesia germánica, enlazaba ésta, desde su nacimiento, con la Iglesia franca.

Sin embargo, San Bonifacio, como buen anglosajón, hijo suyo del papado, no puso mano a la obra sino después de solicitar y obtener el asentimiento y las instrucciones de Roma. Gracias a las estrechas relaciones que mantenía con el intendente de palacio, fue el mediador natural entre éste y el Papa. Pues las circunstancias hacían que cada uno de ellos, necesitando del otro, trataran de aproximarse a él. Pipino, ya rey de hecho, aspiraba a serlo de derecho. Pero vacilaba ante el acto de arrebatar la corona a su legítimo poseedor, en quien se prolongaba aún una larga tradición dinástica. Con el fin de llevar a efecto, sin sentir escrúpulos, un golpe de Estado que era inevitable, era menester acogerse a la más alta autoridad moral obteniendo públicamente la aprobación del pontífice romano. Para el Papa, una situación tan insostenible exigía igualmente una solución. Había llegado para él el momento de romper con el emperador, cuyo cesarismo herético se hacía cada vez más arrogante, y que dejaba, por impotencia o mala voluntad, que los lombardos avanzasen hasta las puertas de Roma. (El rey lombardo Aistulfo, poco antes de 744, acababa de apoderarse del exarcado). También aquí era inminente un golpe de Estado, para cuyo logro la ayuda, denegada algunos años antes por Carlos Martel, sería solicitada de su hijo.

Así preparada, la alianza se anudó por sí misma. En 751, de legados de Pipino acudieron a sugerir con toda gravedad al Papa Zacarías si no era más conveniente que el título real perteneciese a quien ejercía la autoridad suprema que a quien sólo la poseía en apariencia. Con no menos gravedad, corroboró el Papa esta opinión sobre tal punto de moral política. Algunas semanas más tarde, Pipino se hacía proclamar rey en una asamblea de "grandes". El último descendiente

de Clodoveo, Childerico, fue enviado a un monasterio, donde terminó sus días. Se ignora la fecha de su muerte. Jamás ninguna dinastía desapareció ante tal indiferencia y después de un golpe de Estado más fácil y más necesario.

Llegado al trono gracias al apoyo del Papa, el primer rey carolingio no tardó en pagar la deuda que tenía contraída. El año siguiente, Esteban II vino personalmente a reclamar su auxilio contra los lombardos. Desde el origen de la Iglesia, era la primera vez que un Papa pisaba el norte de los Alpes; la suerte estaba echada: Roma rompa con Constantinopla y asociaba su suerte a la dinastía que acababa de consagrar. Pipino prometió solemnemente lanzarse contra los lombardos y, después de haberlos vencido, entregar a la Iglesia romana los territorios que rodeaban la Ciudad Eterna. Ni él ni Esteban se pararon a considerar un momento la idea de que disponían así de una comarca cuyo propietario legítimo era el emperador. La campaña, que tuvo lugar en 754, resultó victoriosa para los francos. El Papa recibió las tierras convenidas, fundándose así el Estado de la Iglesia. La capital del mundo antiguo, convertida en capital del mundo cristiano, sólo dependía del sucesor de San Pedro. Pero al mismo tiempo se planteaba la cuestión de la soberanía temporal del Papa, llena de complicaciones y de conflictos. La poca extensión y la debilidad del Estado pontificio le destinaban a sucumbir próximamente ante los ataques de los lombardos, si no podía contar con la protección del conquistador que acababa de cederlo a la Iglesia. ¿Cómo conciliar la independencia del papado con la necesidad apremiante de una tutela militar? En espera de una solución más satisfactoria, Esteban acudió a lo más urgente concediendo a Pipino un título vago, que podía interpretarse en todos sentidos, según las circunstancias, pero que establecía entre él y Roma un lazo personal: el de patricius Romanorum, patricio de los romanos.

Por tanto, la primera guerra de la nueva realeza fue emprendida en beneficio de la Iglesia, y esto responde con exactitud al carácter que le fue impuesto en su origen. El poder real de los merovingios había sido puramente laico; el de los carolingios presenta una profunda huella religiosa. La ceremonia de la consagración, que aparecía por primera vez en la coronación de Pipino, hace, en cierto modo, del soberano un personaje sacerdotal. El mismo confirma su sujeción a las órdenes de Dios y su voluntad de servirle no solamente haciendo figurar la cruz entre sus emblemas, sino titulándose por humildad cristiana "rey por la gracia de Dios". En lo sucesivo -y en